Son muchas las obras que actualmente manifiestan cómo la cultura de nuestra sociedad deja de lado aquello que más preocupa a las personas, entre lo que destaca, sin duda, la familia, con todo su universo de relaciones y dificultades

1. Introducción

Una de las películas cinematográficas italianas que más éxito han tenido en el año 2002 en Italia ha sido una producción de Alessandro D'Alatri sobre la familia con el extraño título de "Casomai". Pudiéramos traducirlo en español como "En el caso de que sucediera". Se trata de la ficción que un joven sacerdote recrea en la boda de unos novios, figurándose cómo podría llegar a ser su futuro. No es muy difícil este ejercicio, pues muchos de nosotros lo realizamos a menudo cuando asistimos a la boda de unos amigos, sospechando qué podría ocurrir. La novedad de este largometraje está en manifestar con toda crudeza que la aventura del matrimonio requiere una esperanza verdaderamente fundada, pues si es cierto que una vida sin esperanza es muy triste, aún hay algo más triste, y es tener una esperanza sin fundamento. La trama de la película va sugiriendo cómo entre los diversos fundamentos en los que se apoya la esperanza que anima la vida del matrimonio, uno imprescindible es la ayuda de la sociedad, de los amigos, de los profesionales, de la legislación. Con verdadero arte el director va mostrando paso a paso cómo un matrimonio, rico de promesas, acaba naufragando precisamente por la soledad en la que se encuentran al ver cómo la sociedad vuelve la espalda a su esperanza.

No se trata de un tema inusual. Son muchas las obras que actualmente

Phoca PDF

manifiestan cómo la cultura de nuestra sociedad deja de lado aquello que más preocupa a las personas, entre lo que destaca, sin duda, la familia, con todo su universo de relaciones y dificultades. Este fenómeno ha dado lugar a una inicial inversión de tendencia en el mundo occidental: comienza a advertirse nuevamente la necesidad imprescindible de la familia para custodiar lo verdaderamente humano. Son varias las razones que lo han motivado: la perspectiva alarmante de caída demográfica con las cargas económicas que implica; las cada vez más inquietantes cuestiones planteadas por la biotecnología, que pueden no sólo reformular las bases genéticas de la vida, sino incluso establecer formas inéditas de relaciones básicas poniendo en discusión las mismas disposiciones sociales a nivel global; la crisis educativa vivida existencialmente por millones de familias en nuestro mundo occidental, sintiéndose incapaces de trasmitir junto con la vida aquellos valores que hacen de la vida algo verdaderamente humano y precioso, son entre otros, verdaderas puntas de Iceberg que nos muestran la necesidad de replantear la impronta cultural que está determinando nuestra sociedad y que pretendió ya hace unos decenios la superación definitiva de la familia.

Hoy, ciertamente, advertimos un verdadero intento de promover los grupos sociales que permiten una mediación entre el individuo y el estado. Incluso a nivel político se comienza tímidamente a proponer políticas sociales a favor de la familia.

Es aquí precisamente donde aparece con toda su fuerza la cuestión de fondo y podemos apreciar en toda su dramaticidad el desafío que se nos presenta: se trata de tendencias y de propuestas políticas y sociales privadas la mayoría de las veces de una adecuada fundamentación antropológica y ética, por lo que se manifiestan aún más ambiguas, ya que se hacen incapaces de fundar verdaderamente la esperanza que precisa el matrimonio para construir su familia.

La voz del Santo Padre, una vez más, se hace oír con fuerza y lucidez. Ya desde el inicio de su ministerio petrino no ha dejado de recordar con belleza y audacia cuál es la altísima vocación a la que está llamado el hombre y la mujer en su comunión de personas, vocación que se convierte en el fundamento de su esperanza, ya que proviene de Dios. A este respecto recuerdo cómo hace apenas unos meses nos pedía a los profesores del Instituto Juan Pablo II una tarea concreta:

«Quisiera reafirmar con fuerza que la institución familiar, es apta para capacitar al hombre a adquirir de modo adecuado el sentido de la propia identidad, y que ofrece contextualmente un cuadro conforme a la dignidad natural y a la vocación de la persona humana. Los vínculos familiares son el primer lugar de preparación a las formas sociales de solidaridad. El Instituto, al promover… una “cultura de la familia”,

Phoca PDF

contribuye a desarrollar aquélla “cultura de la vida” que he proclamado en otras ocasiones».

Promover la cultura de la familia. Se trata de una misión concreta en el actual momento histórico, que afecta a cada uno en diversos modos y que cada uno en la originalidad de su vocación está llamado a vivir. Sin duda alguna, corresponderá a la misma familia ser verdadero sujeto de esta promoción de la cultura de la familia y con ello vivirá con plena conciencia su "vivir en Cristo" y su tarea específica en la evangelización de la Iglesia.

¿Por qué insiste el Santo Padre en la necesidad de promover una cultura de la familia? ¿Cómo podemos abordar una mirada adecuada al valor que posee la cultura de la familia?

Responder a esta llamada, tener como horizonte construir una “cultura de la familia” es en verdad una empresa grandiosa que requiere la sabiduría especial del que sabe encontrar la senda escondida de los caminos de Dios. Para ello, como hace con belleza y profundidad la reciente instrucción de los Obispos españoles sobre la familia, no podemos por menos de dejar de dirigir nuestra mirada a la mirada de Cristo. Así podremos descubrir cómo su mirada llega al corazón del hombre y todo lo que en él se engendra y se genera. Es, por ello, una mirada que alcanza a valorar la cultura en toda su profundidad, porque «Cultura es aquello por lo que el hombre llega a ser más hombre, “es” más, accede más al ser». La palabra "cultura" nos remite al paciente trabajo del campesino que, cultivando su campo, permite que la semilla entre y sea fecunda en la tierra hasta llegar a dar fruto a su tiempo.

2. La crisis del sujeto

La mirada de Cristo se dirige al corazón de todo hombre y en ellos aprecia sus sufrimientos y dificultades. Ya el mismo Evangelio nos recuerda cómo “al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque era maltratada y humillada, como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9, 36). Una muchedumbre maltratada y humillada lo es, entre otras cosas, porque la cultura en la que vive hace imposible la esperanza de los hombres. ¿Qué es lo que nos encontramos en el fondo de la realidad actual? Sin duda alguna, el corazón enfermo del hombre. La reflexión sobre la cultura de la familia, si quiere abordar toda su amplitud y no quedar reducida a una vaga y ambigua promoción vital fuera de los circuitos realmente decisivos de la sociedad, ha de tomar en serio al hombre. Es así como se aprecia el drama de la persona, que más allá de una posible crisis económica o social, o de diversos ámbitos, se encuentra en una auténtica *crisis del sujeto*. ¿Acaso no percibimos cómo nuestro hombre de inicios de tercer milenio se encuentra cada vez

Phoca PDF

más indispuesto e incapaz para llevar a buen término la aventura que se le descubrió en la experiencia de amor? Su libertad se encuentra enormemente débil, confusa, perdida, en la constitución del matrimonio y consiguientemente de una familia, abierta a la comunicación de la vida y de sus valores fundamentales.

Esta manifiesta inadecuación a tal tarea tiene en realidad raíces profundas en la exclusión de la subjetividad responsable del ámbito del amor y en la consecuente deformación reductiva que se produce en el interior de las relaciones familiares. No podemos obviar esta cuestión en la construcción de una cultura de la familia, pues de otra manera todo nuestro trabajo sería enormemente superficial.

Para poder delinear los rasgos de una propuesta capaz de responder al desafío, es preciso determinar previamente al menos los términos esenciales del problema de esta crisis del sujeto moral.

3. Dimensiones de la crisis del sujeto moral

El sujeto actual, tantas veces solo ante los desafíos principales de la vida, sin una ayuda en el entorno, ni un apoyo en la cultura que le oriente, se siente particularmente frágil en dos vertientes esenciales de la tarea de construir una familia: por un lado la de la fidelidad al amor y por otro la de la paternidad.

La *crisis de la fidelidad* se presenta como la incapacidad de dar continuidad en el tiempo a lo que implicó en su vida el acontecimiento gozoso del afecto; cada vez es más raro encontrar un amor capaz de “tener historia”, de durar en el tiempo, de construirse un edificio y por eso mismo un morada habitable. La concepción romántica del amor, dominante incluso en nuestro tiempo presente, lo concibe como un acontecimiento espontáneo, fuera del control de la libertad, extraño a la responsabilidad ética de un cuidado y de un trabajo asiduo, refractario a toda institucionalización. Un amor tal puede vivir solo en el instante o en la repetición de instantes, esto es, fuera del tiempo que es el espacio de la moralidad. La enfatización estética del enamoramiento hace imposible la comprensión ética del amor, en cuanto genera una responsabilidad estable hacia otra persona.

Por otra parte, la *crisis de la paternidad* se manifiesta en la dificultad o incluso el rechazo de asumir el peso, que se advierte como excesivamente gravoso, de dar vida a los hijos. Aumentar la familia, más allá de la pareja, no se da ya como algo que viene de por sí, no se acepta como una dinámica de desarrollo natural del amor conyugal. Hoy, más bien, se vive como una decisión a tomar, una grave decisión, y a menudo la autorrealización de la misma pareja pasa a ser

Phoca PDF

el criterio prioritario de tal elección. El hijo aparece como un proyecto humano que es evitado o es, por el contrario, querido directamente, incluso a toda costa, llegando a acudir a los mediante medios artificiales para suplir la esterilidad conyugal. Evitar un hijo o producirlo, parecen dos actitudes contrarias, pero en realidad son las dos caras de una misma concepción del hijo, que pasa a ser visto como el producto de la elección de los padres.

¿Dónde podríamos situar la raíz última de estas dos crisis de las que estamos hablando?

- La crisis de la fidelidad es la conclusión lógica de un individualismo en el que la persona es incapaz de encontrarse y de darse al otro; es por eso una *crisis de la caridad*.

- La crisis de la paternidad es la clausura ante al futuro como posibilidad gratuita y la pretensión de un dominio en la lógica de un proyecto totalmente controlable por el sujeto: es la *crisis de la esperanza*.

- Pero, quizás, y todavía más radicalmente, el hombre contemporáneo es incapaz del don de sí y de paternidad porque ha perdido la memoria de su origen: no puede soportar la idea de ser hijo. La considera como una violación radical del factor que ha absolutizado como su máxima dignidad: la autonomía de su libertad. En el fondo nos encontramos con una honda *crisis de la fe*.

Comprendemos así la mirada de Cristo ante las muchedumbres, es ésta la que nos permite ver las profundas carencias de un hombre solo y fragmentado. Pero, al mismo tiempo, podemos confiar en el corazón de Cristo que se conmueve ante esta situación. Así como ante la primera mirada de Dios que vio que “no es bueno que el hombre esté sólo” (Gen 2, 18) y creó algo nuevo para él, igualmente la mirada de Cristo nos permitirá encontrar caminos nuevos de reconstrucción de este sujeto solo y abatido.

4. Los caminos para la reconstrucción del sujeto moral

El itinerario que debería conducir del amor a la familia por medio del matrimonio se ha vuelto imposible por una idea de la libertad que se afirma sin vínculos en el momento del afecto y de una concepción de la moral como una imposición extrínseca de reglas en el momento de la institución familiar. Los caminos para la reconstrucción del sujeto moral y con ello de las bases para una cultura de la familia, porque de eso se trata, no pueden pasar por una simple reproposición de las reglas y normas morales (moralismo), pero tampoco por una enfatización

Phoca PDF

antimoralista del momento estético inicial. Ni siquiera bastaría con subrayar ontológicamente, aunque sea siempre necesario, el primado de la gracia. Se tratará más bien de reflexionar en el modo como se genera el sujeto moral y su mismo obrar libre. Así descubriremos la dinámica interior que conduce desde el afecto al amor, y desde él al matrimonio, a la familia, a la paternidad y a la maternidad, integrando en el amor a la persona tanto el aspecto pasional como el volitivo y racional, la libertad humana como el don del Espíritu.

Es posible, por tanto, desde la mirada de Cristo delinear los caminos a seguir para la reconstrucción del sujeto moral y que me parecen que sustancialmente son tres:

1. En primer lugar, la superación de la soledad: se trata de redescubrir el *camino de las relaciones interpersonales*, por las cuales se constituye el sujeto en su identidad ética. La libertad se realiza en los vínculos afectivos estables y en el trabajo para la edificación de ese sujeto. Una cultura de la familia es una cultura que valoriza con gozo la responsabilidad en las relaciones básicas, gracias a las cuales se identifica la persona. Más allá de una concepción ética exterior, como impuesta por una tercera persona, y que no toma en cuenta la alteridad constitutiva y el encuentro interpersonal, se trataría de redescubrir lo que algunos han llamado una "ética de la segunda persona", en la que la llamada ética a la responsabilidad nace del encuentro con un "tú" y en el espacio de la reciprocidad que allí se establece.

2. En segundo lugar, un camino que fortalece y dispone; el *camino de las virtudes*. Se trata de valorar cómo la persona que ha descubierto un nuevo horizonte en su vida en el encuentro interpersonal se haya ahora enormemente necesitado de fortalecer su esperanza, de hacer inteligente su amor, de madurarlo. Porque es él quien quiere construir, en la comunión con las personas amadas, una familia. Es así como entendemos que necesitamos situarnos en la perspectiva del protagonista de esta aventura que en "primera persona" construye una vida. De esta forma podremos valorar en toda su fuerza el dinamismo del obrar desde dentro del mismo y ver la necesidad de integrar la dimensión pasional y afectiva inicial en la dinámica amorosa, que está volcada en la promoción del bien de la persona amada en la comunión con ella. Su inteligencia práctica podrá guiar la libertad a la realización efectiva de esta comunión familiar (*unio realis*), que se anticipa en el afecto como una promesa (*unio affectiva*), construyendo así acciones excelentes en las que vivir esa promesa. Su actuar estará regulado desde el interior, no desde fuera, porque ha ido integrando las pasiones y salvando su verdad sin reprimir el sentido de su impulso.

Phoca PDF

3. En tercer lugar, la revelación del corazón de Cristo; el *camino amor trinitario*, revelado y comunicado en Cristo, en el cual también encuentra la plenitud definitiva el misterio de la acción humana. En Cristo la acción está llamada a ser una acción filial, que no está cerrada en sí misma, sino que tiene como origen y fin el amor del Padre que es una llamada a acoger en sí misma el dinamismo divino de la donación: el mismo Espíritu Santo. Así el camino de las virtudes y el de las relaciones interpersonales reciben, en la perspectiva de una ontología trinitaria, su iluminación última, su fundamento más radical y su transformación más íntima.

Recorramos ahora estos caminos según las etapas esenciales que implica en la maduración del sujeto. Éstas se producen en las relaciones constitutivas de la identidad de la persona: reconocerse como hijo, para convertirse en esposo y así llegar a ser padre y madre: filiación, esponsalidad y paternidad, para cuya comprensión y vivencia se precisa la referencia a las virtudes, apreciando cómo éstas ayudan a constituir verdaderamente un sujeto moral. Empecemos por la esponsalidad.

5. Ser esposo: encontrar de nuevo la capacidad del don de sí

La dinámica afectiva que está en el origen de la acción, en realidad es una llamada a abrirse al otro, pero, además, es sobre todo una llamada al don de sí. Lo recuerda la constitución *Gaudium et spes*, en un pasaje particularmente apreciado por Juan Pablo II: "El hombre que es la única criatura en la tierra que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo, sino en el sincero don de sí". Desde sus mismas raíces el movimiento de la acción está animado por el amor que tiene su vértice en la caridad como un don de sí. El mandamiento del amor, en el que encuentra su cumplimiento toda ley (cf. Rm 13,10), expresa la dinámica del ser personal que no puede existir "solo", sino que únicamente se realiza en relación con otra persona.

Ahora bien, tal vocación al don se manifiesta como una característica constitutiva del ser personal y sólo puede realizarse libremente, esto es, mediante el obrar responsable. La praxis ética es el lugar en el cual el hombre llega a ser sí mismo, llevando libremente a su cumplimiento el don inicial que lo constituye y lo invita a la plenitud: «La cultura es aquello por lo que el hombre llega a ser más hombre, ‘es’ más, accede más al ser», según la definición de cultura dada por Juan Pablo II en la memorable alocución a la UNESCO del 2 de junio de 1980 citada con anterioridad. Por esto mismo, la cultura, entendida como un acontecimiento humanístico, en su núcleo más íntimo

Phoca PDF

es una cuestión ética.

Esto llega a su vértice natural y sacramental en la relación esponsal con una persona de sexo diferente, en la cual el “sincero don de sí” se realiza de un modo único, exclusivo, total e irrevocable. Según la Carta del Santo Padre *Mulieris dignitatem*, «En la "unidad de los dos" el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir "uno al lado del otro", o simplemente "juntos", sino que son llamados también a existir recíprocamente, "el uno para el otro"». Así se expresa una cierta semejanza con la comunión de las Personas divinas, que ejerce entonces, de algún modo, una función de causalidad ejemplar respecto del amor humano, aunque salvando rigurosamente los límites de la analogía.

Esta mirada teológica a la dimensión trinitaria de la vocación al don de sí, inscrita hasta en el grado más ínfimo del amor, no niega ni esconde la profunda e inevitable dramaticidad en la que vive: la tensión entre la espontaneidad natural del instinto y la verdad del amor como don de sí al otro no está nunca resuelta, sino que permanece como un objetivo inalcanzado hacia el cual caminar. La persona no nace como un sujeto moral adecuadamente configurado en todos sus dinamismos y facultades, teniendo ya una orientación operativa; para ser cultivado tiene necesidad de una educación y una maduración, precisa de modelos y maestros, le hace falta el “ethos” de un pueblo. La posibilidad de alcanzar la meta, la posibilidad de la fidelidad en el tiempo a la vocación al amor, está salvaguardada por la apertura a la caridad divina, al Espíritu que habita en el dinamismo humano de la donación. Tal posibilidad, sin embargo, exige que los dinamismos naturales volitivos y apetitivos sean plasmados por la razón e integrados en las virtudes morales, porque sólo así la caridad puede construir acciones excelentes, que contribuyan al bien de la persona y a la comunión de las personas. Podemos ahora analizar otra de las dimensiones de la identidad humana: la filiación.

6. Reconocerse hijo: la memoria del don originario

La libertad del hombre, que como hemos visto está llamada al don de sí, en realidad está precedida por un don más originario, que hace posible el mismo hecho de darse. Así es: el mismo ser de la creación, y por ello la existencia del hombre, no es un puro *datum*, sino un *donum*: deriva de una libertad y está dirigido hacia una libertad; se inserta así en la dinámica de un diálogo interpersonal. El "don" es el nombre originario del ser creado, por eso el sujeto puede pensarse a sí mismo y captar su propia verdad siempre y sólo en la vinculación con el don originario que lo constituye. En otras palabras, sólo tiene acceso a su subjetividad recibiéndose de Otro.

Phoca PDF

Pero es en Cristo donde el misterio del hombre encuentra su luz definitiva. Es él el que “revelando el misterio del Padre y de su amor, revela también plenamente al hombre al propio hombre y le hace conocer su altísima vocación”. El ser del hombre tiene una dimensión originariamente filial, que, sin embargo, una vez más no es un simple “dato de facto”, sino un “don”, que sólo puede ser recibido libremente. En realidad se trata de una llamada a ser “hijos en el Hijo”, que sólo puede recibirse en la conversión. De este modo, en el origen del dinamismo cristiano del obrar está presente una decisión en la que entran en sinergia la gracia de Dios que llama y la libertad del hombre que, en el Espíritu Santo, responde al amor originario del Padre en Cristo. Esta elección fundamental se identifica con la fe, e implica la totalidad de la persona en un acto en el cual se determina el sentido último de la vida. Toda educación moral, toda gradualidad pedagógica de crecimiento en el bien presupone tal conversión radical. Únicamente si se deja regenerar en Cristo el hombre puede avanzar auténticamente por el camino de las virtudes.

Sólo aceptando el hecho de reconocerse hijo se puede ser esposo y llegar a ser padre o madre. Este acto de conversión se revela entonces como verdaderamente fundamental para la libre dinámica del obrar que puede cumplirse íntegramente como caridad solo en la medida en que se acepta el don de la vocación originaria en Cristo. Así la fe se muestra genéticamente originaria en la formación de las otras virtudes teologales según la fórmula clásica de la teología: “La fe engendra la esperanza y la esperanza la caridad” (*“fides generat spem et spes caritatem”*). Sólo en el agradecimiento por el don del ser y por la llamada a la filiación divina puede nacer la generosidad del darse y asumir una vocación que nos precede en la responsabilidad de la paternidad.

Además, no puede uno reconocerse como hijo sin, al mismo tiempo, aceptar ser *hermano*, solidario con los otros hombres llamados por el mismo Padre a un banquete de fraternidad universal. La elección de los relativamente "pocos" que hasta ahora están en la Iglesia visible, está siempre en función de los "muchos" que deben salvarse. Así se recupera otra dimensión constitutiva de la subjetividad moral cristiana –la fraternidad–, no sólo dentro de la dinámica familiar, sino también en la apertura de la familia doméstica a la gran familia de la entera humanidad.

La familia nunca puede encerrarse en sí misma, debe redescubrir su pertenencia a la familia más amplia de los pueblos que tienen el mismo origen y derivan de un único Padre del cielo (cf. Hch 17,28). Así la cultura de la familia tendrá siempre un carácter católico, abierto dinámicamente al encuentro con el otro, acogedor de los que son distintos y generoso con los que no tienen familia. En este sentido

Phoca PDF

toda tentación de replegamiento particularista o de aprovechamiento ideológico del tema de la familia, encontrará el lugar del juicio de corrección y superación en la Iglesia, la familia de los hijos de Dios. En verdad, desde el momento en el que el ejemplar y modelo por excelencia (*analogatum princeps*) de la cultura de la familia es la Iglesia, la nueva familia con un origen puesto por el mismo Dios (cf. Mt 12,46-50), las familias humanas podrás llegar a ser auténticamente ellas mismas precisamente poniendo su mirada en Ella.

La perspectiva trinitaria nos permite ahora fundar el último aspecto de la identidad personal: llegar a ser padre. Se trata de un punto de difícil comprensión en la cultura actual.

7. Llegar a ser padres y madres: volver a encontrar la esperanza del futuro

El hecho que la crisis de la paternidad que aflige de un modo verdaderamente preocupante a la sociedad occidental del bienestar en declive demográfico, tenga que ver con una crisis de la esperanza es una afirmación generalmente compartida. El eclipse de la paternidad es la expresión radical de la enfermedad de la libertad, la cual, separada del origen y los vínculos, acaba necesariamente perdiendo todo impulso hacia el futuro replegándose en el proyecto de una autorrealización individualista.

Pero la esperanza no vive de sí misma, es la más sorprendente de las virtudes; para poder esperar es necesario haber recibido una gracia verdaderamente grande, es necesario ser muy feliz, decía Charles Péguy. En efecto, la gracia de esperar es la presencia incipiente del cumplimiento ya en el dinamismo del obrar, el cual, transfigurando el deseo, lo orienta y sostiene interiormente a un cumplimiento más allá de toda expectativa.

La sobreabundante fecundidad del don originario fructifica en el sacramento del matrimonio como una apertura generosa a comunicar el don recibido. “La grandiosa ley del amor ¿no es acaso la de darse el uno al otro, para darse juntamente?”. No se trata ahora de una regla impuesta extrínsecamente, sino de la dinámica inscrita en el amor. Y por tanto, la paternidad y la maternidad no se configuran ni como un proyecto puramente humano que haya de ser deliberado con cautela en orden a construirlo desde las propias fuerzas, ni como un pretencioso derecho absoluto como si el hijo fuese el objeto de una reivindicación. Para llegar a ser verdaderamente padres, es preciso en primer lugar comenzar *"doblando las rodillas delante del Padre, del cual toda paternidad toma el nombre”* (Ef 4,14-15). El hijo podrá ser recibido como un huésped que viene de lejos, fruto y don

Phoca PDF

sobreabundante de un amor que tiene en el misterio de Dios su primer origen y su último destino.

8. Conclusión

Comenzamos nuestra reflexión mostrando cómo la esperanza necesita un fundamento. En la formidable película de D'Alatri, *Casomai*, los novios, a pesar de conocer lo que previsiblemente pudiera suceder en su futuro, deciden casarse. La película termina de una manera desconcertante, porque ante la invitación del sacerdote dirigida a todos los invitados a la boda a ofrecer ellos también su sí para que el sí de los novios se viera fortalecido, y al negarse éstos a apoyarles, son invitados a abandonar la ceremonia y salir de la Iglesia. Solo permanece el sacerdote dentro, testigo y conocedor de las grandes esperanzas humanas.

¿Por qué se casan los jóvenes? Sin duda alguna, la promesa que Dios les hace en su misma experiencia afectiva les descubre una plenitud formidable: formar una comunión de personas en un recíproco don de sí mismos capaz de engendrar y acoger al hijo. Es en esta comunión de personas donde el hombre alcanza su identidad: ser hijo para convertirse en esposo y así llegar a ser padres. Promover una cultura de la familia es promover todo aquello que haga posible al hombre vivir su propia identidad y esperanza. Hoy en día, sin duda, pasa por ayudar al hombre a reconstruir su subjetividad.

La última imagen del film es el ramo de flores. Ambos lo lanzan de espaldas a sus amigos, como lanzando una esperanza y deseando que alguno la recoja. El ramo permanece suspendido en el aire y el cámara se detiene en él, como indicando que ahora es el director quien lanza un reto al espectador. Es la libertad de cada uno la que se encuentra con este regalo formidable.

La libertad humana correspondiendo al don y cultivando la tierra de las propias inclinaciones y relaciones, permite al misterio nupcial fructificar y revelarse en una forma de vida plena, expresión del misterio originario del que procede todo. Este camino de la libertad, que se realiza en la ineludible dramaticidad de la historia, llega a ser posible por la comunicación del amor trinitario, que se da a los esposos como una participación real en su comunión, y por los esposos se da al mundo entero.

A la familia cristiana se le ha hecho entonces esa promesa de una nueva fecundidad, de ese Hijo que nos hace hijos y que es nuestra luz. Son las palabras del profeta: "Al pueblo que caminaba en tinieblas una luz le brilló,… os ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado" (Is 9,

Phoca PDF

1.5). De este modo la familia cristiana, realización de la dinámica del amor entre un hombre y una mujer y de la sinergia entre la gracia y la libertad, llega ser en el mundo por la nueva fecundidad en el Espíritu el sacramento de la Trinidad, donde se hace presente el amor divino.

Mons. Livio Melina, en jp2madrid.org.

Phoca PDF